

14. La guerra de la imagen

“Pero, ¿qué tiene que ver el fútbol con lo que nos pasa a nosotros?”

No era, en realidad, una pregunta. Toto, el marido de Hebe, se lo dijo a ella de una manera crítica. ¿Acaso todo, hasta el deporte, es política? ¿Él no podía ver un partido del Mundial porque sus hijos estaban desaparecidos? ¿Tenían que dejar en suspenso la vida hasta que ellos aparecieran? Lo que Toto decía a Hebe le dolía doblemente. Por un lado, ella no comprendía cómo él podía pensar en el fútbol cuando estaban envueltos por el drama y, por el otro, no entendía cómo su marido no se daba cuenta de que el gobierno utilizaba ese evento para ganar popularidad dentro del país y, a la vez, mostrarle al mundo que en la Argentina “todo estaba bien” y que, incluso, el país era una “fiesta”. Toto admitía que a su mujer no le gustara que él pensara en ver televisión cuando sus hijos faltaban en casa –porque además veía cómo Hebe misma había abandonado toda distracción–, pero lo que no aceptaba era que el Mundial fuera un acto de propaganda a favor del gobierno.

Con pocas excepciones, esta discusión se repetía en casi todas las casas de las Madres. Ellas, que ponían el cuerpo cada jueves en la disputa por la Plaza y que cada día se enfrentaban con el desprecio, la complicidad y la indiferencia de la mayoría de los argentinos, sabían muy bien las dificultades que, incrementadas, deberían encarar en esa etapa. A todo eso, además, se le sumaba la discusión en sus propios hogares. Hebe pensó que ésta era otra de las cosas que “los hombres” no llegaban a ver, y que los diferenciaba de ellas, las mujeres, o, mejor dicho, las madres.

Lo que Toto pensaba no era una ocurrencia personal. Si fuese un vocero militar quien lo expresara, quizás él hubiera sospechado el engaño. Pero el que lo fundamentaba con mayor énfasis era nada menos que un genio del fútbol con fama, incluso, de izquierdista: César Luis Menotti, el director técnico de la selección argentina. El día anterior al comienzo del Mundial, la revista *Somos* publicó un extenso reportaje al DT argentino en el cual se explayaba sobre el tema. “En Europa tuve la desgracia de ver

cómo se repartían volantes contra el Mundial y la Argentina, y tuve una discusión con un periodista holandés a causa de eso. Le hice entender que el Mundial de Fútbol es algo estrictamente deportivo, que nadie tiene derecho a entorpecerlo porque su protagonista exclusivo es el público. Es inútil mezclar la política con el deporte, y sobre todo en esta circunstancia. En incontables oportunidades se hicieron olimpiadas con la participación de rusos y norteamericanos, los alemanes del este y del oeste y nadie dijo nada. (...) que nadie pretenda usar el Mundial como arma política porque es un método o una maniobra aborrecible: el Mundial es, sobre todo, la fiesta máxima del pueblo, y como tal permanece al margen de cualquier manipuleo político, venga de donde venga”⁹.

Menotti, hábil para los planteos tácticos, sostenía que los volantes se repartían contra el “Mundial y la Argentina” e, implícitamente, convocaba al “nosotros”, los argentinos cuando en realidad eran “ellos”, los desaparecidos y genocidas, los blancos del boicot. Si el Mundial se había convertido en una operación política, ello no se debía a la manipulación de la “izquierda internacional”, sino al uso que el gobierno iba a hacer de él. Para el régimen era la gran oportunidad de mostrar lo visible de la Argentina. Lo invisible transcurría secretamente, en los campos que negaba Videla, en los operativos nocturnos y silenciosos con hombres y vehículos de civil, tras el velo de la complicidad. Salvo esas mujeres desesperadas en la Plaza. Y su clamor.

Castellano básico

Lo que al gobierno le obsesionaba en secreto, el *Buenos Aires Herald* lo dijo públicamente. Dos semanas antes del comienzo del Mundial de Fútbol, concebido como la mayor operación de manipulación política de un evento deportivo en la historia del país, la presencia regular de las Locas en la Plaza de Mayo era uno de los más serios contratiempos para sus planes. Si las miradas del planeta entero convergerían sobre la Argentina, y Buenos Aires sería el escenario privilegiado de la Copa del Mundo, la Plaza de Mayo, centro político, histórico y turístico, era un sitio clave en cuestión de imagen. Y aquello que la dictadura se empeñaba en negar, las Madres lo demostraban, con su sola permanencia, de una manera irrefutable. El periódico en inglés de la comunidad británica local lo decía muy claro en su único artículo en castellano. “Pese a que su presencia ha sido ignorada en gran parte por la prensa local –sostuvo en su editorial– (las Madres locas de la Plaza de Mayo) forman parte del programa de casi todo periodista visitante y equipos de televisión. Su triste historia ha dado la vuelta al mundo. Y es su imagen en las pantallas de televisión lo que dará la imagen de la Argentina durante el próximo campeonato por la Copa Mundial de Fútbol.”¹⁰

9. Revista *Somos*, 31 de mayo de 1978.

10. “Una bomba de tiempo político”, *The Buenos Aires Herald*, 17 de mayo de 1978.

Era un pronóstico del editorialista y no una ley de la naturaleza. Para que ello se cumpliera, ya no en la dimensión que se anunciaba sino en una parte mínima, las Madres debían sortear los enormes y amenazantes obstáculos que la dictadura les tenía preparados como parte de un plan más general que debía garantizar el éxito de la operación propagandística. Si las Madres conseguían o no convertirse en la imagen del Mundial, eso iba a depender de una pelea que todavía estaba por librarse, dura y desigual, y de resultado incierto: una guerra por la imagen, como la llamaba el *Herald* o una lucha por la vida, como preferían decirle ellas. El *Herald* advertía la fuerza simbólica del mensaje de las Madres, despojado, además, de las suspicacias políticas que despertaban los de otros sectores. “Lo que perjudica al país es su clamor ‘Solamente queremos saber si nuestros hijos viven o están muertos’. Hasta ahora, no hay indicios de que estas mujeres hayan sido utilizadas con fines políticos; pero mientras no obtengan respuesta a su ruego serán como una bomba de tiempo.” “Debe realizarse cualquier esfuerzo por localizar a las personas desaparecidas. Es el único modo de convencer al mundo y de probarnos a nosotros mismos, que los derechos humanos realmente nos importan. Si los parientes ansiosos son ignorados o tratados con indiferencia, se convertirán en símbolos, como víctimas de una sociedad totalmente brutalizada e indiferente. Si reciben comprensión, compasión y ayuda, en su búsqueda por sus parientes desaparecidos, los terroristas habrán perdido una importante batalla en la propaganda difamatoria en que están empeñados desde el exterior”, concluía.

En cada salida del país, Videla se topaba con esa “propaganda difamatoria” y denunciaba, consecuentemente, la existencia de una campaña antiargentina. En Bonn, durante el mes de abril, los periodistas alemanes lo acosaron a preguntas sobre si existían en la Argentina desaparecidos y campos de concentración, dos palabras que allí suenan fuerte. El dictador negó ambas imputaciones y sostuvo que eran producto de “la campaña desencadenada contra la Argentina antes del Mundial de Fútbol (...) obra de la izquierda internacional”. El gran problema sobre el que llamaba la atención el *Herald*, sin embargo, era que ese tipo de respuesta no servía para contrarrestar “el clamor” de las Madres, que esas mujeres no respondían a la imagen de “subversivos y terroristas”, estereotipada y repetida mil veces por la propaganda oficial, y que, en consecuencia, iba a ser muy difícil que el mundo pensara que ellas eran la encarnación de la “campaña antiargentina”.

Si el Mundial parecía concebido a la medida de la dictadura, ni la iniciativa ni la designación de la Argentina como sede habían sido, sin embargo, méritos de ella. La decisión fue adoptada por la Federación Internacional de Fútbol Asociado, el 6 de julio de 1966, durante otro gobierno militar, el que encabezaba el general Juan Carlos Onganía, y sostenerla durante más de una década no había sido tarea fácil. Tanto la dictadura de Alejandro Agustín Lanusse cuanto los gobiernos de Juan Domingo Perón y de Isabel Martínez de Perón habían tenido que mantener y alimentar esa voluntad para que otros intereses no le arrebataran al país el supuesto privilegio de organizar el XI Campeonato, que finalmente caería como regalo del cielo (o del infier-

no) a la Junta de Comandantes.

Las tres armas coincidieron plenamente: la raigambre popular del deporte y el carácter internacional del evento ofrecían características ideales para utilizarlos como una colosal operación de propaganda. El Mundial debía servir tanto para mejorar la imagen exterior del gobierno como para promover un fenómeno de consenso y cohesión interna, sustanciado con esa dosis de nacionalismo populista que concita en algunas personas la transmutada bandera nacional en camiseta de la selección de fútbol.

Esa efectiva combinación no podía ser desaprovechada por el gobierno y cimentó la determinación de realizar el Mundial contra temores de sabotaje, obstáculos organizativos y hasta la oposición de algunas franjas del establishment que no se sentían atraídas por gestos que calificaban de populistas que, según su perspectiva, siempre afectarían a la economía. Así, mientras Juan Alemann, secretario de Hacienda del Gabinete de Martínez de Hoz, pregonaba que no se debía haber aceptado el compromiso organizativo “pues es un factor de inflación”, el diario porteño *La Nación* señalaba que “en un país que el 24 de marzo de 1976 estaba comunicando al mundo su virtual cesación de pago, el destino de 700 millones de dólares con vistas a la realización de un Campeonato Mundial de Fútbol es un poco espectacular”. El disenso fue respondido verbalmente por el capitán de la armada Carlos Alberto Lacoste, a la sazón el principal funcionario a cargo de la iniciativa deportiva, quien sostuvo que los beneficios económicos superarían con creces los supuestos perjuicios.

Sin embargo, las razones económicas de los críticos tuvieron alguna justificación posterior. En la empresa se invirtieron cerca de 500 millones de dólares y la inflación se volvió a disparar, en especial, durante el semestre previo al Campeonato. De todos modos, no fue realmente el deporte lo que insumió la millonaria suma. Cuatro años después, el XII Campeonato realizado en España demandaría 100 millones, es decir, cuatro veces menos que el de la Argentina, lo que evidenció que además del aprovechamiento político del evento, el rédito económico de los funcionarios de la dictadura estuvo en la mira y en proporciones inusitadas.

Por su parte la mayoría de los partidos políticos y los movimientos sociales coincidió en opinar —a veces por motivos muy diferentes, cuando no antagónicos— sobre los efectos benéficos de la iniciativa. Los argumentos iban desde los que insistían en la necesidad de distinguir entre política y deporte, pasando por aquellos que sostenían que era una contribución a la inserción de Argentina en el concierto de naciones, hasta los que afirmaban que constituiría una oportunidad para mostrar la verdadera imagen del país.

De ese modo, todo confluía como para que tanto las presiones internacionales, que en algún momento apuntaron al boicot, cuanto los grupos de origen local opuestos a la dictadura en el exilio o en el interior del país se vieran arrasados y frustrados en su objetivo. Algunos sectores de izquierda —como el diezmado PRT— que blandieron el estandarte del boicot se mostraron en toda su debilidad, ya no sólo para el combate militar, donde habían sido derrotados, sino también para la discusión política. Los Mon-

toneros, por otra parte, que aún conservaban una cierta capacidad operativa en el interior del país y una importante presencia en diversos países europeos y de América latina, concluyeron que lo mejor era no oponerse a la realización del Mundial sino, en todo caso, tratar de aprovechar lo que se pudiera de la enorme atención internacional que concitaría y hasta la movilización callejera local como expresión de masas que pudiera ser dirigida contra la dictadura. Sostenían que el Mundial debía convertirse en una “conferencia de prensa gigante” y lanzaron la consigna “Argentina campeón, Videla al paredón”.

La polémica en Madres y, en general, dentro del movimiento de denuncia se movió entre esas coordenadas. Las Madres en particular evaluaron que no tenían fuerzas para enfrentar el enorme impulso de la iniciativa de la dictadura y que, ante esa evidencia, debían hacer como en la filosofía oriental: aprovechar la fuerza del enemigo para volverla en su contra. Esto es: si el Mundial se convertiría en la gran operación de propaganda de la dictadura y en el escenario para poner en acto todos sus ardides, ellas se subirían a la escena y tratarían de hacer lo suyo.

Condiciones óptimas

Apenas un mes antes de la iniciación del Campeonato, la dictadura evaluaba que la situación militar era óptima, que la seguridad estaba garantizada y sólo le preocupaba afianzar el control sobre algunas áreas sociales. El análisis más preciso al respecto lo hacía el Ejército y, más concretamente, el propio Videla, quien expuso el pensamiento del arma en un documento secreto de mayo de 1978.

En primer lugar destacaba el contundente triunfo militar sobre la “subversión”, aunque matizado por resultados menos claros en otras áreas. “A dos años de la iniciación del Proceso de Reorganización Nacional, la aplicación de la Estrategia Nacional Contrasubversiva como respuesta integral del Estado –sostenía el documento–, presenta un cuadro general de situación en el que queda claramente definida una victoria militar sobre la acción armada del oponente y una relativa normalización de los ámbitos industriales, educacional y religioso, considerados prioritarios.”

La afirmación se sustentaba en la certeza del aniquilamiento, que no sólo se medía en las cifras de los desaparecidos, asesinados, presos, exiliados y desmovilizados militantes, sino también en la parcial o total desarticulación de los diversos grupos. Sin embargo no todo era tan auspicioso para la dictadura. Así, mientras evaluaba que “la acción militar directa ha producido un virtual aniquilamiento de las organizaciones subversivas, con un desgaste aproximado al 90% de su personal encuadrado”, por el otro observaba que no todo estaba en calma: “la acción militar de apoyo a las estrategias sectoriales de cada Ministerio, actuando sin la conveniente orientación que le hubie-

11. Rectificaciones y agregados a introducir al cuerpo de la Directiva del Comandante en Jefe del Ejército, N° 604/77.

ra dado un planeamiento adecuado del sector gubernamental en lo que hace a la Lucha Contra la Subversión, ha conseguido sólo una temporaria normalización de los ámbitos prioritarios, donde precisamente ha reforzado su accionar el oponente”.

Videla observaba un giro en la táctica de la oposición armada y revolucionaria, junto a la de otros sectores de izquierda, ante la derrota militar. “Este cambio de la delincuencia subversiva y la existencia de problemas económico-laborales que aún inciden negativamente sobre la población –afirmaba–, exige de la acción de gobierno una preferente atención para superar frustraciones que el oponente esgrime como causas de su lucha, y de su acción militar, el mantenimiento de un ritmo constante de empleo, que otorgue tiempo necesario para alcanzar los objetivos.” La conclusión imponía desarrollar y fortalecer otras líneas de trabajo, que no se relacionaban directamente con lo militar. “La acción a desarrollar sobre las bases filosófico-ideológicas que sustenta la lucha política y armada del oponente, impone armonizar los esfuerzos de la Comunicación Social que realiza la Fuerza, la acción sicológico-educativa que instruye al gobierno y la sociedad atacada y la acción sicológica e informativa que ejecuta en el exterior el Ministerio de Relaciones Exteriores y Culto.”

El análisis acusaba recibo de los resultados obtenidos por el movimiento de denuncia tanto interior como exterior. “Esta acción sicológico-educativa resulta particularmente importante en esa fase de la Lucha Contra la Subversión, por la actividad política que desarrolla el oponente sobre la propia población y por la estrategia montada desde el exterior para afectar la imagen del Proceso de Reorganización Nacional y lograr su aislamiento en el concierto mundial.” En consecuencia, a partir de ese momento la acción política pasaba a ser prioritaria. “Este cuadro de situación –sostenía– que nos muestra el logro de un éxito militar de las Fuerzas Legales y nos impone el objetivo de alcanzar una victoria política sobre el oponente, exige de la acción militar un condicionamiento, que sin perder eficacia, facilite una estrategia integral que, en esta fase, debe ser prominentemente política”.

Para eso la dictadura echó mano a los recursos más sofisticados del momento. Aunque la información todavía no contaba con autopistas informáticas ni todas las comunicaciones se realizaban en tiempo real, muchos fueron los lectores del artículo que publicó en el periódico norteamericano *Washington Post* el columnista Jack Anderson. El redactor, quien seguía desde hacía varios años los temas vinculados a la represión en América latina, en especial todo aquello que revelara los contactos entre sus ejecutores regionales y sus inspiradores estadounidenses –como ya lo hiciera en un artículo titulado “CIA Teaches Terrorism to Friends”¹²– denunciaba cómo la tiranía de Videla había contratado los servicios de una empresa de relaciones públicas de la avenida Madison de Nueva York para montar una campaña de manipulación mediática de proyección internacional.

Anderson explicó que “agentes de publicidad de la avenida Madison están tratando de mejorar la imagen de la dictadura militar de la Argentina con la misma habili-

12. *Washington Post*, 8 de octubre de 1973.

dad que ellos emplean para vender desodorantes y cigarrillos. En pasados artículos –decía– hemos informado cómo la Argentina se ha vuelto uno de los más peligrosos y caóticos países de la tierra. Secuestros, muertes y tortura se han convertido en hechos diarios. ‘Más gente muere en la Argentina en un año –nos dijo una fuente del Departamento de Estado– que en cinco años en Irlanda del Norte’. Pero ésa no es la imagen que el dictador militar, general Jorge Videla, quería proyectar al mundo”.

El artículo, titulado “La venta de la tiranía con la astucia de la manipulación mediática”, afirmó que “en el más explícito estilo de las relaciones públicas, los hacedores de imagen de la avenida Madison hicieron una amplia gama de propuestas, un programa de construcción de imagen que involucra a ocho países. Una parte clave del programa fue una extensa campaña mediática, dirigida a producir una publicidad más favorable del régimen de Videla.” El estudio elaborado por los publicistas norteamericanos explicaba que “muchos periodistas consideran opresor y represivo al gobierno argentino, una dictadura institucional la cual merece poco menos que una condena. Para disipar esta impresión –proponían– el régimen de Videla debe ‘proyectar una nueva, progresiva y estable imagen a través del mundo’. Y para ello nada mejor que hablar con las personas indicadas: esto puede ser realizado sólo concibiendo un altamente controlado programa de comunicaciones –concluían los expertos–. Una parte clave de cualquier programa de relaciones públicas es la generación de contenidos editoriales positivos en los periódicos, las revistas y publicaciones de negocios y de finanzas”.¹³

Lo que *Burson-Marsteller* hacía en el exterior era completado con otros equipos de trabajo allí donde esa empresa no tenía representantes, tal fue el caso del Centro Piloto de París que, montado por la Marina e integrado entre otros por Astiz, tenía la aprobación de Videla. A la vez, grupos de trabajo local se encargaban de hacerlo en el país.

“La guerra ya terminó en la Argentina. En esta Plaza, los enemigos del país, los que intentaron destruirnos, levantaron sus banderas y mostraron la violencia de la que eran capaces. Ahora la paz ha vuelto a esta Plaza, donde está el monumento que nos recuerda nuestra Independencia.”¹⁴ Ese texto circulaba impreso en una postal que la revista *Para Ti*, perteneciente al grupo editorial Atlántida y dirigida al público femenino, regalaba a sus lectoras. En la fotografía se veía la Pirámide de Mayo y una niña que jugaba con las palomas bajo la mirada sonriente y feliz de sus padres. La editorial sugería que las argentinas la enviaran al exterior para contrarrestar la llamada campaña antiargentina. La misma publicación invitó a tres “top model” de nacionalidad francesa para posar allí mismo, en la Plaza de Mayo. Unas pocas horas antes de que el lugar se llenara de mujeres con un pañuelo blanco sobre sus cabezas, las chicas lucieron sus modelos y hasta tuvieron tiempo de hablar con los porteños que pasaban casualmente por el lugar.¹⁵ Más no se le podía pedir a un medio gráfico para que limpiara la imagen de

13. Anderson, Jack; “La venta de la tiranía argentina con la astucia de la manipulación mediática”; en *Washington Post*, 30 de mayo de 1978, traducción del autor.

14. Gilbert, Abel, y Vitagliano, Miguel; *El terror y la gloria*; Buenos Aires, Norma, 1998, pág. 49.

15. Revista *Para Ti*, 22 de mayo de 1978.

la Plaza de aquellas presencias que perturbaban en extremo al gobierno.

El tema de la madre, como eje de la familia y rol femenino por excelencia, fue uno de los más trabajados. El objetivo era, por un lado, aislar a las Locas del resto de la sociedad culpándolas del destino que sufrían sus hijos, y por otro lado, neutralizarlas a ellas mismas, culpabilizándolas, responsabilizándolas por no haber cumplido con sus deberes de madre.

Por ejemplo, un llamado Consejo Publicitario Argentino dio a conocer, a través de distintos medios gráficos, su opinión sobre el inicio de las clases. Era la foto de una familia tipo con la siguiente leyenda: “Escuela número 1. Si la escuela es el segundo hogar, el hogar es la primera escuela. Los padres son los primeros maestros. Los que enseñan a hablar. Los que enseñan a pensar. A los 6 años, los padres deben mandar a sus hijos a la escuela. Pero también acompañarlos. La escuela y el maestro necesitan su apoyo. Esperar todo del maestro y del Estado es negar su responsabilidad de padres. Su casa: Escuela número 1”.¹⁶

Durante el mes de mayo, el gobierno lanzaría a su vez una fuerte campaña televisiva con la pregunta “¿Sabe usted dónde está su hijo ahora?”. Como réplica, las Madres confeccionaron una respuesta tipo, que suscribieron casi todas ellas en forma individual y enviaron a los directores de los canales televisivos. “He leído –decía la carta– en transmisiones de ese Canal, la frase, ¿sabe ud. dónde está su hijo ahora? reiteradamente transmitida. La frase realmente me ha conmovido. Porque mi hijo fue secuestrado por elementos armados, hace ya... años, sin que hasta la fecha haya podido averiguar el lugar donde se encuentra secuestrado, ni la suerte que ha corrido, pese a las múltiples gestiones realizadas en los organismos de seguridad y ante la Justicia. Somos muchas las madres que en estos momentos nos preguntamos ¿DÓNDE ESTÁN NUESTROS HIJOS? Por ello es que hemos recibido con profunda emoción el mensaje solidario de esa emisora”, decían con ironía.¹⁷

Muchos años después, Diana Kordon y Lucila Edelman analizarían pormenorizadamente esta campaña que “intentaba revertir la responsabilidad del victimario sobre la familia de la víctima.”¹⁸ “Precisamente –sostuvieron– serían los padres o las familias de los desaparecidos los responsables de su situación. ‘¿Cómo educó usted a su hijo?’ ‘¿Sabe usted qué está haciendo su hijo en este momento?’. Estas dos preguntas ejemplifican los dos mecanismos principales que se utilizaron para inducir la culpa. La primera corresponde al cuestionamiento de los valores transferidos a los hijos teniendo en cuenta el papel de la familia como transmisora de cultura, ideología, valores, y su papel específico en la formación del ideal del Yo. La segunda pregunta cuestiona el cuidado de los hijos sugiriendo la desatención y falta de control, por lo padres, de las actividades que aquellos realizan”. “En ambos casos –concluyen Kordon

16. Gilbert, Abel, y Vitagliano, Miguel, *op. cit.*, pág. 102.

17. Carta al Señor Director General del Canal 2, 7 de mayo 1978; en Archivo Histórico de la Asociación Madres de Plaza de Mayo.

18. Kordon, Diana R., y Edelman, Lucila, *op. cit.*, pág. 14.

y Edelman— se refuerzan los sentimientos de culpa presentes en la elaboración de toda pérdida, por ejemplo la idea mágica de que si se hubiera hecho lo contrario de lo que se hizo se hubiera podido salvar al desaparecido”.

La acción psicológica de la dictadura revela la ardua polémica ideológica que se ve obligada a librar con las Madres. Porque al no poder encuadrarlas en el estereotipo del subversivo, tenía que decirle a la sociedad que esas madres, en todo caso, no habían cumplido con sus obligaciones de tales. ¿Con qué autoridad reclamaban ahora por sus hijos?

Perturbadoras

Las Madres sabían que les esperaba un año duro. Lo notaron desde los primeros meses por la presión mediática y las discusiones que debían sostener en su entorno más inmediato, empezando por el de sus propias familias y amistades. Incluso, algunos comentarios que recogían en entrevistas con religiosos y personas cercanas al gobierno advertían que el gobierno comenzaría muy pronto una ofensiva para “limpiar el país de elementos perturbadores”. Eso incluía a la “subversión”, pero también al movimiento de denuncia. Tenían que garantizar la buena imagen del país.

“Se nos iban a venir encima —sostiene Bonafini—. Estábamos seguras de que si lo que habíamos pasado hasta entonces era muy difícil, mucho más difícil iba a ser lo que nos preparaban. Iba a ser una lucha. ¿Cómo iban a permitir que permaneciéramos en la Plaza a la vista de todos los periodistas? ¿Cómo iban a dejarnos hablar con la prensa? Si ya nos habían secuestrado a tres madres y nos acosaban y nos montaban provocaciones a cada rato, ¿qué no iban a hacer a escasos días del Mundial? No habían invertido tanto dinero y gastado tantos esfuerzos para que nosotras les arruináramos el espectáculo. Pero la verdad es que nosotras estábamos dispuestas a aguantar la que se nos viniera. No importaba qué. Ni nos parábamos a pensar. Lo único que pensábamos era cómo lo íbamos a hacer. O ni lo pensábamos tampoco. Sólo íbamos a la Plaza y que pasara lo que pasara.”

Pero así como habían evaluado que no tenían fuerzas suficientes para oponerse a la realización del Mundial, estaban convencidas de que iban a disputarles la atención pública nacional e internacional. “Del mismo modo que levantan tabiques para ocultar la miseria y desplazan villas, así necesitan taparnos a nosotras —continúa Hebe— porque somos una mancha. Demasiadas miradas convergen hacia el país (...) para que estas mujeres sigamos haciendo barullo y publicando solicitudes.”

La tarea era enorme para un grupo todavía insuficiente frente a un enemigo tan poderoso. “Al cambio de año nos seguíamos reuniendo el pequeño grupo de ‘Madres dirigentes’, que por entonces no éramos otra cosa que las encargadas de los rubros Ministerios, Juzgados, la Secretaría, la Tesorera y algunas otras que, como yo, dedicábamos mucho tiempo a esa tarea.” Sin embargo, ellas ratificaron su decisión de continuar con su táctica. Por un lado no abandonarían ese espacio público que ya sentí-

an como propio y que hasta les había costado la desaparición de tres madres. Habían aprendido a valorar esa conquista, tan difícil y tan criticada por el resto de los organismos de derechos humanos, tanto por el empeño que ponía el gobierno en tratar de desalojarlas –lo que revelaba cuánto le molestaban– cuanto por los resultados concretos que ya habían obtenido en materia de repercusión periodística, especialmente internacional.

El Campeonato Mundial de Hockey, realizado a principios de ese mismo año, les había hecho vislumbrar con más claridad todavía esa idea. La estrella del equipo holandés, Hans Jorritsma, venido para ese evento deportivo, se acercó a la Plaza de Mayo atraído por la presencia de las Madres, de las cuales había tenido alguna vaga noticia en su país. Las vio, habló brevemente con ellas, y hasta les tomó una foto con su pequeña cámara de turista. La imagen muestra a casi una veintena de mujeres, una de ellas acompañada de una niña, sin el característico pañuelo blanco, caminando de dos en dos al costado del monumento a Belgrano, y al fondo la Casa Rosada. Así surgió la primera nota publicada en un diario de Holanda y una de las primeras fotos de las Madres en la Plaza de Mayo. La información rebotaría luego en otros medios y el hecho llegó a oídos de las Madres, que no dejaron de advertir la importancia del asunto.

Las Madres, casi solas y aisladas en el país, aprendieron a valorar muy tempranamente las actitudes humanitarias y solidarias internacionales. No conocían el nombre de aquel jugador de hockey, pero le escribieron una carta que enviaron al diario. Decía:

Querido Deportista. Estimado jugador de Hockey, este grupo de mujeres argentinas, madres de jóvenes que hoy, cientos de ellos, viven hacinados en los campos de concentración y también de los que cayeron para siempre, víctimas de la represión más cruel que pudiéramos imaginar, queremos testimoniar a Ud. el gesto de hacer conocer en su país, el doloroso momento que estamos viviendo, reconociendo que Holanda es un pueblo sensible, que vivió con verdadera intensidad nuestra tristeza. Deseamos llegar a los hijos jóvenes de esa tierra con nuestro corazón, rogando a Dios les conserve la hermosa libertad que Uds. tienen, no olvidando a estos hermanos que tan dolorosamente la perdieron. Las Madres Argentinas claman Justicia y Paz para sus hijos, AYUDENNOS A LOGRARLO. GRACIAS.¹⁹

Allí había, sin duda, un camino. Por allí se abría una brecha para la denuncia y, en consecuencia, para la esperanza. Por allí, costara lo que costara, tratarían de pasar ellas, desde la Plaza hacia el mundo. “Sabíamos que el país se llenaría de turistas y profesionales de todos los medios de comunicación. La cuestión estaba en aprovechar esas cámaras de televisión para nosotras, para pedir por lo hijos y armarles un buen escándalo –cuenta Bonafini–. Fue una cosa muy intuitiva en nosotras –continúa–, así como fue intuitivo rechazar algunas cosas que nos proponía alguna gente, con buena

19. Carta; en Archivo Histórico de la Asociación Madres de Plaza de Mayo.

intención, pero que nos parecía que no eran convenientes o incluso que directamente no debían hacerse. La responsable de derechos humanos de Montoneros nos ofreció darnos el dinero para comprar entradas para los partidos de fútbol y que entráramos a los estadios para hacernos ver con los pañuelos. Dijo algo así como doscientas entradas por partido. La piba venía con la plata en la cartera y se la ofreció a cada una de nosotras, incluso fue a la casa de algunas, pero ninguna quiso recibirla. Tuvimos como una visión de que eso no estaba bien, de que eso no debíamos hacerlo, de que debíamos mantener nuestra independencia. Y hacer las cosas que teníamos que hacer, pero por lo que nosotras mismas pudiéramos. Era nuestra forma de cuidar el movimiento como si cuidáramos a nuestro propio hijo.”

La decisión de hacerlo todo solas no era fácil, y mucho menos la de rechazar dinero. Pero esa línea de independencia se sustentaba, también, en la convicción de que el vínculo con las organizaciones políticas más radicalizadas entrañaba serios riesgos, y distorsionaba su táctica de actuar legal y públicamente. “Además, no todo se podía hacer: nos parecía una locura ir a los estadios a hacer eso de ponernos con nuestro pañuelo en medio de las hinchadas. Veíamos el clima que se había creado en el país y pensábamos que nos iban a tirar la gente encima. Si hasta en nuestras propias casas nos sentíamos aisladas”, señala Hebe.

El desafío comenzaba por las cosas más elementales. ¿Hablar con los periodistas? ¿Enfrentarse a las cámaras de televisión? ¿Explicarle al mundo lo que estaba pasando en el país a despecho de la versión oficial repetida una y otra vez por la prensa cómplice y millones de argentinos eufóricos? “Es fácil –diría una Madre recién incorporada– vos mirás al periodista y le decís: queremos a nuestros hijos, que digan dónde están.” Así nacieron las consignas que recorrerían el mundo.

El Estado terrorista estaba decidido a que esto no sucediera. “La policía nos esperaba en la Plaza puntualmente a las tres y en cuanto veía a dos de nosotras juntas, ya se nos acercaban para decirnos que no podíamos estar allí y nos amenazaban con detenernos. Nosotras hacíamos como que obedecíamos y no protestábamos. Nos alejábamos un poco y volvíamos a entrar a la Plaza desde otra esquina o desde otro caminito. Al final éramos tantos los grupitos que tratábamos de entrar de un lado y de otro que los mareábamos, yo decía que era como el juego del gato y del ratón, pero no era ningún juego, íbamos con bronca, con angustia, y nadie se imagina la alegría que nos daba cuando alcanzábamos el centro de la Plaza y nos colocábamos al lado de la pirámide. Ése era nuestro triunfo. Ahí ya nos dábamos por satisfechas. Pensábamos, y no nos equivocamos en eso, que allí nos verían los periodistas y que eso sería suficiente. Al menos para que todo el mundo se enterara de lo que estaba pasando en el país.”

Todo el movimiento de denuncia, según los matices y las formas de acción, sufriría restricciones. Familiares se topará con limitaciones para publicar solicitudes, la Asamblea verá reforzada la vigilancia sobre sus miembros para limitar los contactos internacionales, y la Liga se encontrará con la prohibición de su mensuario, *Derechos del hombre*, porque, según el decreto censor, “revela una línea editorial

destinada a crear en la opinión pública un concepto deformado de la acción del Estado contra la subversión, mediante la difusión sistemática de inexactitudes y afirmaciones falsas que, al mismo tiempo, pretenden desprestigiar a las FF.AA. y de seguridad, acusándolas en forma indirecta de actitudes violatorias de los derechos humanos”.²⁰

En vísperas del 1° de junio de 1978, día de la inauguración del Mundial, las cartas estaban echadas.

20. *Clarín*, 27 de mayo de 1978.

15. Copa de sangre

La representación había sido cuidadosamente elaborada. Y casi todo sucedió como estaba calculado. Salvo por un episodio. Videla había abierto la ceremonia inaugural del Mundial con un discurso impensado para un dictador, en tono firme pero mesurado, que exaltaba los valores humanistas del deporte. Era la imagen que, minuciosamente estudiada, debía confrontar y derrotar a aquella otra difundida por la campaña “antiargentina” que adentro y afuera del país le atribuía la responsabilidad máxima por los más horrendos crímenes contra los opositores políticos. Según su propia evaluación, los militares ya contaban con una primera victoria: habían hecho fracasar la ofensiva a favor del boicot.

Inmediatamente después de aquel discurso y minutos antes de que comenzara el partido entre Alemania Federal y Polonia, miles de gimnastas dibujaron sobre el césped las figuras exactas y a la vez cambiantes de un esquema coreográfico-deportivo que arrancaría aplausos de admiración. En el estadio repleto flameaban innumerables pequeñas banderas celestes y blancas y el público se fundía en un solo grito de “Argentina, Argentina”. El país parecía celebrar una fiesta y casi no había argentino lejos de la pantalla o la radio. Eran las 15 del día jueves primero de junio y Buenos Aires se había convertido en el escenario de un espectáculo internacional que el gobierno pensaba utilizar para promocionar una imagen pacífica y respetuosa de los derechos humanos, y que el resto de los Estados no tenía mayor interés en cuestionar. Sin embargo, algo escapó a las previsiones oficiales y se constituyó en el primer revés de la dictadura durante el Mundial.

Mientras la totalidad de los medios nacionales y la mayor parte de los internacionales difundían la información, el discurso y el espectáculo de los gimnastas tal y como lo había pensado la tiranía, la televisión holandesa se salió del libreto y, por las pantallas de ese país, se pudo ver la ronda de las Madres en la Plaza de Mayo. A la misma hora en que se inauguraba el Mundial, las locas de pañuelo blanco, con la Pla-

za más vacía que nunca, a excepción de sus propias presencias y la de un número significativo de periodistas extranjeros, realizaron su silenciosa marcha. Todo ocurría como en tantas rondas, salvo que, por primera vez, era transmitida en simultáneo por la televisión holandesa para millones de personas. Desconociendo la fiesta deportiva y la euforia de miles de argentinos, en esas pantallas de ese país europeo se recortaba, dramática, otra imagen del país. Fue un duro golpe en el rostro impertérrito de los miembros de la Junta Militar.

En el orden interno, la Junta había garantizado la complicidad y el consenso de la más amplia mayoría de los argentinos. La acción psicológica de los militares puso el acento en el patriotismo —exacerbado por la competencia deportiva— y un manipulado concepto de la defensa de la soberanía nacional, que llamaba a cerrar filas, a mostrarle al mundo los derechos y humanos que éramos los argentinos y a esconder, en todo caso, la suciedad debajo de la alfombra. “El Mundial también es confraternidad... y usted juega de argentino”, repetía la campaña publicitaria oficial de la Copa. La operación fue apoyada por numerosos medios y comunicadores locales.

En ese clima, el grado de compromiso y complicidad de amplios sectores de la sociedad argentina con la dictadura alcanzó uno de sus momentos culminantes. “Una evidencia de la fuerza convocante del difuso nacionalismo popular —apuntan los historiadores Novaro y Palermo—, combinado con la pasión futbolística, y de su capacidad para definir el sentido del campeonato en una clave nacionalista y triunfalista, está dada por la disposición, que muchos tuvieron, a creer en la existencia de la ‘campaña antiargentina’ con la que el gobierno batía el parche. Es verdad que el gobierno estuvo en esto más sólidamente acompañado que nunca por los medios de comunicación y por sus aliados civiles. Pero esto no podría explicarlo todo; ciertamente, el Mundial fue un episodio en el cual lo que muchas personas hicieron a favor del juego político que se estableció fue voluntario y espontáneo, es decir, fue más allá de lo que el miedo, la prudencia o, incluso, el oportunismo y el interés de acomodarse podrían aconsejar hacer. Hubo entusiasmo, en otras palabras, auténticamente patriótico y deportivo. Así, no se trata tanto de que las ‘acusaciones’ provenientes del exterior hayan tenido un efecto aglutinador. Lo que hubo fue una propensión bastante extendida a creer que esas acusaciones constituían una campaña contra la imagen del país y su dignidad.”²¹

Nunca como hasta ese momento las Madres sintieron no sólo el acoso y la presión del gobierno, sino también de la opinión pública, que las condenaba y las aislaba por “antiargentinas”. Y eso les dejaba su marca: “Me sentía extraña en mi propio país y en mi propia familia. Nadie nos entendía. ¿Cómo podía ser que solamente nosotras pensáramos así y que nadie se diera cuenta? ¿O es que a los argentinos siempre les pasa que hasta que no les toca a ellos, no se preocupan ni siquiera en pensar?”, reflexionó años después Juana de Pargament.²²

21. Novaro, Marcos, y Palermo, Vicente; *op. cit.*; págs. 164 y 165.

22. “El clima maníaco triunfalista de los tiempos del Mundial de Fútbol de 1978 profundizó la di-

La mayor parte de los medios extranjeros tampoco venía a condenar el terrorismo de Estado ni a hurgar más allá de la superficie que dejaba ver la dictadura. El caso de Holanda se inscribió entre las excepciones. Ese país contaba por entonces con una sensibilidad especial en relación a las violaciones a los derechos humanos, luego de haber pasado por la experiencia de la ocupación nazi, lo cual coincidió con el importante nivel de desarrollo del movimiento de denuncia conformado por el exilio argentino. No por casualidad, pues, fue que allí se discutió intensamente si la selección local debía participar o no en el Mundial, y tampoco fue fortuito que allí se constituyera el primer grupo europeo de apoyo a las Madres. Estos grupos, que a partir de ese momento comenzarían a surgir y crecer por casi todos los países occidentales del viejo continente, y frecuentemente en varias ciudades de cada uno de ellos, serían un puntal decisivo para el movimiento.

La decisión de la televisión holandesa produjo, además, un efecto multiplicador. Varias televisoras europeas, al igual que numerosos medios gráficos, sintieron que no podían quedar rezagados y comenzaron a programar notas y entrevistas con las Madres. Ellas empezaron a ser buscadas por la prensa internacional —especialmente la europea, pero también la mexicana y la venezolana, entre las excepciones latinoamericanas—. Se cumplía así el pronóstico del *Buenos Aires Herald*, que había afirmado que las Madres se convertirían en una cita obligada para la mayor parte de los periodistas extranjeros. El fenómeno parecía ser el fruto de una casualidad o de la mera vocación informativa de los medios. Sin embargo, fue el resultado de una serie de factores ardua y conscientemente trabajados: el desarrollo del movimiento de denuncia fuera y dentro del país, el impacto de su acción en la opinión pública de diversos países, la solidaridad activa de sectores políticos y religiosos extranjeros y la poderosísima imagen de las Madres, sostenida en la presencia silenciosa en la Plaza de Mayo.

Superando sus propias expectativas, el comienzo del Mundial les dejaba a las Madres un triunfo extraordinario. En poco más de un año desde su surgimiento, ya no sólo eran conocidas en los núcleos de los emigrantes argentinos y las organizaciones de solidaridad sino que, también, llegaban al público masivo. Fue un grave traspié para el gobierno. La secreta estructura represiva era cada vez menos secreta y las Madres se convertían en la mayor evidencia de los métodos empleados. Con ello, estas mujeres lograban un doble objetivo: por un lado, el de potenciar la denuncia del genocidio y, por el otro, el de asegurar o al menos contribuir a su propia salvaguarda, ya que sería más difícil borrarlas de un plumazo cuando habían alcanzado semejante trascendencia mediática.

Aquello por lo que habían trabajado durante meses, sin respiro, se concretaba ahora sin que el régimen más sanguinario y poderoso de la historia argentina pudiera evi-

sociación y agudizó estos sentimientos de extranjería y exclusión (entre los familiares de víctimas de la represión)” sostuvieron algunos años después Diana R. Kordon y Lucila Edelman. Kordon, Diana R., y Edelman Lucila, “Observaciones sobre los efectos patológicos del silenciamiento social respecto de la existencia de los desaparecidos”, *op. cit.*, pág. 9.

tarlo. Incluso, si al comienzo de esa primera marcha durante el Mundial, la policía insinuó cargar sobre ellas, la presencia del periodismo extranjero lo impidió. Así, la figura dramática de las Madres trascendió la Plaza de Mayo, aunque para la prensa argentina, nuevamente, parecían invisibles. “Fue una fiesta total... sobria, medida, de buen gusto... Fue una fiesta argentina para el mundo”, comentó al día siguiente *La Nación*, para el que no habían existido los rostros y las palabras desesperadas de las Madres que impactaron en Holanda, Alemania, Francia y casi toda Europa.

A presión

El gobierno enseguida hizo notar su disgusto por la relevancia que los periodistas extranjeros les habían otorgado a las Madres, y hasta un miembro de la Junta Militar expresó públicamente su desaprobación. Los militares espían las comunicaciones que los corresponsales enviaban al exterior y lanzaban ciertas amenazas veladas contra los que pretendían “enlodar la fiesta del deporte”, pero no podían controlar los contenidos. Y, a veces, tampoco controlaban los medios que estaban en sus manos.

Mientras se proyectaba el partido entre Argentina y Francia, desde la cancha de River, la transmisión se vio interferida por otra, que duró nada menos que 13 minutos y en la que apareció el comandante montonero Mario Eduardo Firmenich. Era una grabación en la que, desde su exilio forzado, el dirigente sostenía que, ahora que estaban en la mira de todo el mundo, era “un deber de todo argentino de bien mostrar ante el mundo a nuestra Argentina real”, y recordaba la existencia de “cinco mil muertos individualizados, alrededor de veinte mil desaparecidos, miles de presos reconocidos y decenas de miles de torturados”. Firmenich culminó su mensaje afirmando que el Mundial era una oportunidad inmejorable para forzar a Videla a dar una apertura política.

El efecto de la interferencia fue notable, al menos en el nerviosismo militar. Un diario mexicano tituló el suceso “Primer gol montonero”. Sin embargo, aunque la organización político-militar demostraba con ese hecho que mantenía cierta capacidad de acción que lograba impactar en la opinión pública, lo cual contradecía la proclamada victoria militar de la dictadura, no dejaba de ser un golpe más técnico que político. No había estado en juego la capacidad de maniobrar políticamente, sino más bien la aptitud para operar del aparato clandestino. En cierto sentido, además, no comportaba ninguna novedad, menos para el exterior. Desde el punto de vista de la opinión pública mundial, la novedad estaba en ese grupo de mujeres que clara y públicamente se instalaba en la Plaza de Mayo y constituía la evidencia de las atrocidades de la dictadura, al margen de las versiones de los sectores en pugna.

Si no podían controlar a la prensa extranjera cuando difundía las imágenes de las Madres, tendrían que controlar que la imagen misma de las Madres no volviera a aparecer. La solución estaba pues en erradicar a las Madres de la Plaza a través de un operativo dirigido directamente por el Ministerio del Interior y por intermedio de la Po-

licía Federal: tenían que evitar que cada jueves se repitiera la escena de las marchas.

Sin conocer esos planes, las Madres preveían que algo así podía suceder. Después del golpe que le habían asestado al gobierno durante la inauguración del Mundial, tanto ellas como el gobierno eran conscientes de lo que significaba la disputa por la Plaza. La idea fue, entonces, redoblar la apuesta de la movilización y, simultáneamente, recurrir a sus mejores aliados de entonces: los corresponsales y periodistas extranjeros. “No se puede decir que tuviéramos una gran capacidad organizativa ni política —reflexionó años después Antokoletz—, pero hacíamos lo que podíamos. La idea era mantener a toda costa el espacio de la Plaza, ésa era nuestra única sabiduría. Y entonces, durante la semana llamábamos por teléfono o visitábamos en sus casas a otras Madres para asegurar que vinieran el jueves siguiente. Y eso era todo. También llamábamos a los periodistas extranjeros; teníamos la convicción de que mientras ellos concurrían a la Plaza, no nos iban a tocar. Los militares se cuidaban mucho de ellos; si habían montado todo para dar una buena imagen, ahora estaban en un brete con nosotras. Así y todo, visto a través del tiempo y aunque nosotras pensábamos lo contrario, no llegábamos a ser muchas Madres; es que sobre nosotras había una presión terrible, tremenda, y tampoco era ir a la Plaza y nada más. Llevábamos el miedo adentro, nos hostigaban, nos seguían, nos amenazaban y encima ponían a la gente en nuestra contra. Había que superar todo eso para ir a la Plaza. El resultado final era unos centenares de mujeres, las más decididas, pero que, sin ser muchas, tenían un valor enorme. De eso nos dábamos cuenta nosotras y todos.”

Otro día, el jueves 8, a partir de las tres de la tarde, las mujeres acompañadas de algunos niños y unos pocos hombres volvieron a ingresar a la Plaza desde distintos ángulos. Venían de a una o de a dos, a lo más, para no llamar tanto la atención y que no les impidieran el paso. Iban confluyendo de a poco hacia la Pirámide, la mayoría permanecía caminando entre los diversos canteros, otras se quedaban paradas en algún costado y unas pocas se sentaban en algún banco. Se echaban entre ellas miradas cómplices y también observaban de reojo a los policías de civil, a los que ya habían aprendido a reconocer, si no por la habitualidad de los rostros, por lo menos por señas inconfundibles del *physique du rol*. De pronto, cerca de las 3.20, las que estaban sentadas se levantaron y empezaron a andar, las que permanecían paradas se pusieron en marcha y las que estaban caminando aceleraron el paso, y todas a la vez enfilaron hacia el centro de la Plaza. La mayoría de las mujeres desplegó sus pañuelos, que unas llevaban apretado en sus manos y otras sacaban del bolsillo del tapado o de la cartera; se lo colocaron en la cabeza con una rapidez y una precisión que parecía ensayada. Y allí estaban, las locas, sí, eran ellas; miraban a los policías con una mezcla de ingenuidad y coraje, y como diciendo “aquí estamos, sí éramos nosotras, esas que hace apenas unos segundos parecíamos estar paseando”. Y ahí estaban.

Los periodistas extranjeros se acercaron, a su vez. Algunos, los viejos conocidos de las Madres, se colocaron al lado de ellas y marcharon tomados del brazo o simplemente a su lado. Eran los menos. Los más, se colocaron en posición de observador, miraban, tomaban notas, sacaban alguna foto de las Madres y algún audaz hasta apun-

tó con su cámara a los policías de civil que las Madres le señalaban con un gesto de complicidad. En total eran más de trescientos los familiares que concurrieron ese día. La policía uniformada los observaba y la de civil no parecía estar dispuesta a ninguna provocación mayor. Alguno, sin embargo, se acercó a un grupo de Madres y le recriminó: “¿Qué hacen aquí? ¿Se dan cuenta de la imagen que dan del país? ¿No ven que hay periodistas extranjeros que van a aprovecharse para atacarnos? ¿Ustedes no son argentinas?”

Las Madres habían aprendido que era mejor no contestar. Lo que tenían que decir estaba dicho con su sola presencia. Lo demás, quizás, se aclararía con el tiempo. En todo caso, ellas seguirían adelante. Cerca de las 4 de la tarde, las Madres dieron por concluida la marcha, pero tenían pensado algo más. Habían decidido elevar la apuesta.

Antiargentinas

Se disgregaron un tanto, mientras hablaban con los periodistas que menos conocían para informarles de sus reclamos; pero rápidamente, dos Madres líderes se tomaron del brazo y bajaron por el cantero que va hacia la Catedral: iban hacia Diagonal Norte para tomar por Florida. La decisión era que a la Plaza ganada había que sumarle la calle. Iban a marchar por Florida, la arteria más turística de Buenos Aires. El hecho tomó por sorpresa a la policía.

Al comienzo, las Madres marcharon en silencio y a un ritmo relativamente lento por la peatonal porteña. Eran entre doce y veinte mujeres. Lo hicieron sin dificultades, hasta que llegaron al cruce con la calle Tucumán. Para entonces, la policía había podido reorganizarse y decidir lo que tenía que hacer para evitar que ellas continuaran avanzando: montar una provocación. Mientras los transeúntes miraban sorprendidos y algo asustados la marcha de las Locas, una mujer policía se dirigió a la cabeza de la marcha y les dijo que no podían continuar y que debían dispersarse inmediatamente. Al mismo tiempo, un grupo de policías de civil, haciéndose pasar por gente común, comenzó a insultar a las Madres a los gritos e, incluso, a amenazar a los periodistas extranjeros diciéndoles que no tenían nada que hacer allí.

Uno de los policías se acercó amenazante a María Adela y la miró fijamente a los ojos, mientras le interrumpía el paso con su propio cuerpo: “Usted es una provocadora”, le dijo. “Antiargentina”, le gritaron otros.

Otra patota comenzó a rodear y aislar a Renée Yoyi Epelbaum. Mientras uno decía que debían llevársela detenida, el resto trataba de sujetarla. Pero Yoyi se lanzó primero hacia atrás y luego hacia un costado, y volvió a reunirse con el grupo de las Madres que ahora habían disuelto la fila de a dos y se aglutinaban a su alrededor. La tensión era enorme. Aunque no dudaban de que era una provocación policial y que no era sencillo que fueran más lejos de donde habían llegado, se daban cuenta de que la intención de la policía de hacerse pasar por gente corriente podía servirle de coartada

para llevar adelante una agresión contra ellas. Además, en ese clima de nacionalismo celeste y blanco, no era descabellado pensar que se “prendiera” o, cuanto menos, que avalaran el ataque otras personas que presenciaban el episodio. ¿Cómo terminaría aquello? Las Madres no se pararon a pensar. Habían avanzado varias cuadras por Florida, lo cual era más de lo que imaginaron hacer. La violencia de los provocadores parecía ir en aumento, pero ellas no retrocedieron ni un palmo, aspecto que fue percibido por los que conducían el operativo. La patota volvió al ataque, pero ya sin mucha convicción. Entonces, un policía uniformado ordenó que “las dejaran tranquilas”. Además, un camarógrafo alemán estaba registrando el episodio.

Poco a poco, pasado lo peor, las Madres se dispersaron. En el interior de cada una de ellas había una mezcla de alivio, fuerza y miedo. Decenas de periodistas extranjeros habían presenciado todo, lo cual aseguraba la repercusión mundial que efectivamente tuvo el episodio. Incluso la agencia local *Noticias Argentinas* lo incluyó en su reporte del día. Habían superado el desafío y ganado una pelea. Pero la cuestión no terminaba ahí, también habían dejado al león herido. Un león feroz y asesino que había invertido mucho en esa operación y que no iba a dejar fácilmente que todo se le tronchara.

Como nunca antes, el deporte marcaba el ritmo de la vida política y social de los argentinos. A medida que la Selección cosechaba triunfos —ya había ganado frente a Hungría y Francia, en ambos casos 2 a 1— el fervor popular crecía y con él se elevaba el nacionalismo que parecía involucrar tanto el orgullo por el equipo, como la autoestima patriótica y la defensa del gobierno como un todo y una misma cuestión. Incluso, el tercer partido para la Argentina, en el que debió enfrentar a Italia, frente a quien sufrió su primera derrota, poniendo en peligro la posibilidad de pasar a cuartos de final, si bien preocupó a la Junta, que entrevió la posibilidad de que no se coronaran sus esfuerzos, sirvió para exacerbar aún más el compromiso popular con lo que estaba sucediendo. “No es la primera vez que nos enfrentamos a una dificultad, los argentinos estamos acostumbrados a enfrentarlas, y también a vencerlas”, repetía el discurso mediático en una generalización que podía sugerir tanto los traspíe y las victorias futbolísticas como la aparición de la “subversión” y su proclamada derrota por parte de los militares.

Las Madres sufrían al compás de estos acontecimientos y en su fuero interno deseaban la derrota de la Selección nacional. Tenían la íntima convicción de que si la Argentina salía campeón, se oscurecería mucho más su panorama y las dificultades para su lucha serían mayores. Dificultades que se verificaban tanto en la calle como en sus propias casas. Además de resistir la presión de la dictadura y de la mayor parte de la población, había que afrontar a las propias familias. Al marido y a los otros hijos, quizás, frente al televisor. La soledad y la incompreensión. El reproche explícito o implícito en las miradas: ¿qué tiene que ver el Mundial con lo que nos pasa a nosotros? Eso era tal vez lo más duro. El problema no estaba sólo en las calles. Había entrado en sus hogares.

Aquel mismo día, María del Rosario llegó a su casa y encontró a su marido frente

al televisor. “Me dio bronca –recordó–. Le dije que no sabía cómo podía estar mirando el Mundial mientras Fernando estaba desaparecido. No me contestó y siguió mirando como si nada. No era la primera vez que discutíamos por eso. Yo no sabía qué hacer, quería apagarle el aparato, insultarlo, decirle que era una bestia, que no entendía nada; pero era inútil. Al contrario, él me trataba como si yo fuera la desubicada, como si fuera yo la que no entendía nada. Entonces tuvimos que hacer frente a todo eso, a los milicos, a la gente y hasta a la propia familia.” Pero algo muy fuerte había nacido dentro de ellas. No tenían dudas. Iban a seguir, a pesar de los vecinos y los parientes, a pesar de la opinión pública y la policía. Los dos jueves siguientes, 15 y 22, se repitieron las acciones de las Locas y las provocaciones policiales. La presencia extranjera, sin embargo, marcaba límites a la dictadura.

Insatisfacciones

En vísperas del cierre del Mundial, en el Ministerio del Interior había una profunda insatisfacción por los resultados obtenidos en la lucha contra las Locas. Incluso se temía que una última ofensiva del movimiento de denuncia perjudicara aún más la imagen del gobierno. Para contrarrestar esa posibilidad, no sólo se reprimía sino que también se empleaban tácticas distractivas.

Por caso, el viernes 23 de junio, un alto funcionario de ese Ministerio, el coronel Vicente Manuel San Román, había citado al grupo de Familiares de Desaparecidos y Detenidos por Razones Políticas, que hacía meses bregaba por una entrevista. Desde la perspectiva oficial, la elección de la fecha no era casual: sabían que este tipo de reuniones eran esperadas con gran expectativa por los núcleos de derechos humanos y, en consecuencia, sus integrantes se cuidaban de no darle excusas al gobierno para aplazarlas o cancelarlas por ningún motivo. Era evidente que, a pesar de la experiencia política acumulada por los dirigentes de esas organizaciones, en la que había que contar el progresivo conocimiento de la responsabilidad de las máximas jerarquías de la dictadura en relación a la represión y los mil y un ardides que empleaban para encubrir-la, todavía conservaban esperanzas de una respuesta positiva por parte de las autoridades. La intención del gobierno al recibirlos no era, claro está, satisfacer ninguna demanda, sino asegurarse cierta contención o neutralización de las denuncias durante esos últimos días del Campeonato. Al fin y al cabo, muchos de los que se nucleaban en Familiares se sumaban los jueves a la Plaza y su prédica también repercutía en la prensa extranjera.

En consecuencia, un grupo de la conducción de Familiares, integrado por Hilda de Velasco, Clara de Israel y Lucas Orfanó, concurrió al despacho del funcionario. San Román, bien instruido en los seminarios de la agencia *Burston and Marsteller* para atender este tipo de situaciones, los recibió después de los trámites de rutina, apenas pasadas las 11 de la mañana. Los representantes de Familiares abrieron la carpeta que llevaban con sus documentos y apuntes para el encuentro, que incluía tanto la cues-

ción de los desaparecidos como la de los presos políticos, pero antes de que pudieran decir algo, el funcionario les aclaró que con él sólo podían tratar el tema de los desaparecidos y no el de los detenidos, porque ésa no era su esfera. Y habiendo tomado la palabra, no quiso dejarla enseguida. Inmediatamente dio muestras de un conocimiento histórico que sorprendió a todos. San Román comenzó con una breve exposición sobre la lucha de los guerrilleros en Europa, durante la Segunda Guerra Mundial, para saltar de allí a la situación del país, cuando las Fuerzas Armadas tomaron el poder en marzo de 1976. Así trató de justificar los métodos empleados por los militares.

Los Familiares escucharon en silencio y, cuando terminó, comenzaron a exponer sus inquietudes, como si San Román no hubiera dicho nada. Un informe, escrito por Israel al día siguiente de la entrevista, da cuenta de lo que allí se dijo. “Primeramente saludamos la realización de esa entrevista y le expresamos que cientos de familiares habían depositado sus más caras esperanzas en ese encuentro, deseando que se vislumbrara la solución de nuestro drama –consigna el informe–. Le presentamos nuestra Declaración de Principios –agrega–, la que nos rige desde setiembre de 1976, los textos de los petitorios entregados el 14 de octubre, el 16 de diciembre y el 10 de mayo de 1978 a la Junta Militar y a la Comisión Asesora del Presidente de la Nación, insistiendo en los cuatro puntos del Petitorio cuya satisfacción nos conduciría a la solución de nuestro problema.”

Israel decía: “Le explicamos que a la gente no se la detiene sino que directamente se la desaparece. Todas las gestiones son infructuosas. Cuando aparece alguno, narra los sufrimientos, las torturas que a veces llegan hasta el asesinato. Pero esta gente que aparece de vez en cuando, testimonia que ha estado en algún lugar, siempre con cientos de personas, de modo que la inmensa mayoría de la gente desaparecida está”. Y Clarita escribe como si estuviera implorando y gritando a la vez: “¿Dónde?, ¿cómo?”. Y continuaba: “Por eso pedimos una solución, lo más inmediatamente posible, pues no se trata de cosas inanimadas, sino que se trata de miles de vidas que están en juego”.

En ese momento el coronel San Román los interrumpió: “En eso estamos, señores, en eso estamos”, dijo e hizo un silencio.

Los tres dirigentes de Familiares lo miraron con expectación. ¿Qué significaba que “estaban en eso”? ¿Estarían preparando por fin alguna respuesta?

“Yo sé que el gobierno cometió errores y que aún los sigue cometiendo. No aceptamos fríamente las contingencias de la guerra. Cuando uno camina en puntas de pie, es muy difícil que igualmente el barro no salpique”, dijo enfático. Repitió, entonces, el ardid de los excesos y la cobardía de la derivación de responsabilidades. “Admito que la policía distorsionó en gran parte los procedimientos. La policía ha dejado de ver y sentir. Desde el 1º de enero en que me hice cargo de esta Dirección, empecé un trabajo de docencia, verdadera docencia. Se empezaron a contestar las cartas, muchas del año 1976. Primero en formularios. Esto ya no se hace, se contesta carta por carta, estudiando cada palabra. Estoy haciendo un trabajo con los empleados de la repartición, enseñando a leer cartas, a contestarlas, a escribirlas.”

Clara no pudo dejar de sentir la diferencia entre este funcionario que expresaba su emoción y hasta reconocía la existencia del problema, y los otros que las habían recibido en encuentros pasados. Sin ir más lejos, el año anterior, cuando habían entrevistado al que todavía era el superior de San Román, el mismísimo ministro Harguindeguy, el trato había sido muy distinto. El titular de la cartera del Interior los atendió fríamente y hasta les dijo que tendrían que haberse preocupado antes por lo que hacían sus hijos y no ahora que ya era tarde. Clarita le respondió que ella se había ocupado siempre y muy bien de todos sus hijos. “¿Cuántos hijos tiene?”, la interpelló el ministro. “Cinco”, contestó ella. “Y entonces de qué se queja; todavía tiene suerte –dijo Harguindeguy–. Hay otras madres a las que les faltan todos sus hijos.”

Clara no pudo con eso. Se levantó. La imagen de Teresa, su hija, le pareció que se levantaba con ella. Clara era menuda y bajita, y Teresa, alta y robusta. Ella lo miró con todo el odio que le nació desde las entrañas. “Sí –le dijo–. Tengo suerte de que todavía usted no haya secuestrado al resto de mis hijos. Pero eso no me basta. Quiero a Teresa viva, porque tengo cinco hijos, pero uno solo de cada uno.”

Y allí terminó la entrevista.

Sí, este funcionario parecía definitivamente distinto a su jefe; no hablaba con cinismo y hasta les daba esperanzas. “En lo que va del año, desde el 1° de enero, he logrado la aparición de ciento trece personas”, afirmó San Román.

“Le hicimos notar –consignó Clarita en su informe– que la cifra de 113 comparada con la lista incompleta publicada como solicitada en *La Prensa* el 17 de mayo último, es una gota de agua. Por eso urge acelerar todo este proceso. Le entregamos una estadística confeccionada por nosotros que toma desde el 1 de marzo de 1978 hasta el 22 de junio de este año, donde se demuestra que continúan las desapariciones y que habían arreciado antes del Mundial.”

“Esto se va a corregir. Este año es el de la solución: se procede a limpiar al personal que se ha deshumanizado, ha perdido la sensibilidad. Estamos trabajando las 24 horas del día”, dijo San Román. “El problema no se soluciona con la aparición de diez, cien o doscientas personas. Este problema exige solución integral –insistió Orfanó–. El Estado de Derecho, el total imperio de la justicia y de la paz.” San Román asintió. Dijo que el gobierno había estado muy preocupado por el Mundial de Fútbol, sin exagerar su importancia, pero por suerte todo estaba saliendo bien. “Después del Mundial, pasamos a otra etapa con soluciones para el problema que ustedes traen”, sostuvo.

Los tres Familiares se mostraron reconfortados y así se lo dijeron al coronel. Pero insistieron en que esperaban que sus palabras se concretaran en hechos positivos.

Místico, San Román contestó: “Las lámparas se prenden y así como la bola de nieve se agranda para el mal, también puede agrandarse para el bien”.

De golpe, sin embargo, se puso sombrío. “Hay hechos negativos. Por ejemplo el asesinato del Dr. Padilla. Ese día teníamos una lista de más de doscientas libertades. Esa lista no se firmó. Otro hecho negativo, el más negativo, es la concentración de las señoras que van a la Plaza de Mayo, sobre todo el jueves 8 de junio. Las señoras con

pañuelos blancos y un corresponsal extranjero junto a cada una. Esto no ayuda. Luego veinticinco señoras por la calle Florida. Yo mandé a mi gente a que viera cómo fueron dispersadas por el repudio y la reacción del público”, dijo.

Luego se levantó, saludó a los tres con cordialidad y dio por terminada la entrevista.

El último partido

No todas las Madres debían enfrentar discusiones como las que Hebe o María del Rosario tenían con sus maridos. De hecho, Romildo Santos de Baraballe, el esposo de Mirta Acuña, una de las mujeres que estuvieron aquel 30 de abril inicial que ahora parecía tan lejano, no había querido ver ningún partido y le desesperaba ese espectáculo que encubría el horror. Cómo habían cambiado las cosas, pensaba Mirta; ella tenía muy fresco el recuerdo de cuando él y su único hijo varón, mucho antes de la dictadura, hablaban con entusiasmo del Mundial que se realizaría en la Argentina. Pero cuando el Mundial llegó, ninguno de los dos tenía interés alguno en el asunto. Sus vidas habían cambiado definitivamente el 27 de agosto de 1976. Ese día, su hija Ana María fue llevada junto a su marido, Julio César Galizzi, desde su propia casa, en la calle Ramón Falcón 380, de la localidad bonaerense de San Martín, frente a sus propias narices, por una patota de civil. Ana era estudiante de sociología y estaba embarazada de cinco meses. La muchacha era la mayor de los cuatro hijos del matrimonio y había nacido el 20 de marzo de 1948.

El 25 de junio, el día en que la Selección argentina debía enfrentar a la de Holanda en la final por la Copa del Mundo, Romildo, casi toda su vida empleado de los Frigoríficos Cap, fue invitado por un vecino a ver la final. “Vamos, che –le dijo el vecino–. No podés perderte la final.”

Jugaba Argentina contra Holanda. De un modo cuanto menos singular, el gobierno apostaba a que el triunfo del seleccionado nacional no sólo fuera la coronación de todos sus esfuerzos sino también una compensación por la afrenta de ese país en materia de derechos humanos; nadie lo decía, pero el tema estaba en el aire. “El que no salta es un holandés”, gritaban en la tribuna y en las calles. “Andá –le dijo Mirta– así te distraés un poco.”

Romildo no estaba convencido, en su interior no tenía ninguna gana de ir. ¿Acaso gritaría de alegría si la Argentina metía un gol? ¿O se pondría triste si lo hacía Holanda? ¿No sería todo al revés? ¿Qué diría su vecino si fuese todo al revés? Pero se dejó arrastrar. Mirta lo vio irse con esa expresión en el rostro que parecía no haber conocido nunca una sonrisa. Ella misma se quedó pensando sobre qué hablaría su marido con el vecino mientras veían el partido. “Él se iba siempre a la esquina –recuerda Mirta– y yo me quedaba preocupada porque empezaba a hablar y decía todo lo que sentía contra los milicos, y yo pensaba que un día le iba a pasar algo. Pero él se sentía impotente de no poder hacer nada. De alguna manera, yo me la pasaba todo el día afuera haciendo cosas por mi hija, pero él no sabía qué hacer. Fue el problema de muchos

maridos, que por eso se murieron de pena. Decía, ‘me voy a morir de pena si no sé nada de Ana’. Pero el problema era también que se sentía impotente, como inútil.”

El partido no se destacó por el virtuosismo ni por la técnica de los jugadores, aunque sí por la garra que pusieron ambos equipos. Los locales, sin embargo, contaban con una ventaja: “Aquel 25 de junio el pueblo argentino jugó un papel fundamental en el desarrollo del juego, incluso desde la salida de los equipos. Las ochenta mil personas que acudieron al encuentro ‘regaron’ el césped con papelitos y serpentinas”, apuntó luego una crónica del encuentro. El pueblo argentino. Romildo miraba el partido y sentía un malestar creciente. No sabía, pero quizás imaginó que a pocas cuadras de donde se estaba decidiendo la Copa del Mundo, los detenidos-desaparecidos en la ESMA alcanzaban a escuchar los gritos de gol del pueblo argentino. También allí se producirían escenas demenciales, en las que cautivos y carceleros escuchaban juntos algún partido de fútbol, mientras continuaban llegando secuestrados y la tortura seguía siendo un suceso cotidiano.

Los holandeses cayeron 3 a 1. Más allá de las denuncias sobre corrupción, que sostenían que el triunfo de 6 a 1 del seleccionado nacional frente al de Perú se debió a las generosas coimas pagadas por la dictadura argentina, más allá de la dictadura y la represión, la Selección argentina conquistaba su primera Copa del Mundo: algo para festejar para la mayor parte del pueblo y para el gobierno. En cuanto terminó el partido, Romildo decidió volver a su casa. En la calle y en todas partes de la Argentina parecía haber estallado una fiesta. Gritos, risas, banderas y papelitos lo rodeaban por donde quiera que tomara. Se metió en su casa rápidamente. El festejo parecía oprimirle el pecho.

Mirta lo vio entrar más apenado que nunca. Pensó, por un momento, que se había equivocado al recomendarle que fuese a ver el partido. Quizás eso lo había entristecido más. Pero no se lo dijo, en cambio le propuso tomar unos mates: “Viejo, pongo la pava.” “No mejor no –le contestó él–. Me voy a recostar un poco. No me siento bien.”

Pasó demasiado tiempo y entonces Mirta entró a la habitación para despertarlo, y se lo encontró en el pasillo, descompuesto. “Vieja, pedile a la vecina una de esas pastillitas para ponerse debajo de la lengua”, le dijo.

Mirta corrió a buscar las pastillas. Las trajo, pero no hubo caso. Murió a las 18, minutos después de la ceremonia final del Mundial. No se llegó a enterar que el seleccionado holandés se había negado a darle la mano a Videla.

Heridas

Para las Madres, el saldo de la experiencia del Mundial era contradictorio. Si bien sufrieron uno de los peores aislamientos que habían padecido desde el inicio de su lucha, ahora el mundo conocía su denuncia. Gracias a la prensa internacional habían podido hacer sus manifestaciones y su reclamo había llegado al mundo entero. Pero ¿qué sucedería con ellas a partir del día siguiente, cuando los ojos y los oídos del mun-

do ya no se posaran sobre la Argentina? El león herido, no muerto; las Madres tenían razones para temer: la prensa internacional y los turistas retornaban a sus países de origen. Casi solas y aisladas en el interior del país, llamaron a sus pocos amigos, los periodistas de agencias internacionales que permanecían estables en Buenos Aires. Les anunciaron que el jueves 29 volverían a la Plaza. Se preparaban para lo peor. Pero lo peor, esta vez, no sucedió.

El *Buenos Aires Herald* tituló la crónica de ese día, publicada en la primera plana, “Las Madres de la Plaza marchan pacíficamente”:²³

Las Madres de Plaza de Mayo hicieron su procesión semanal alrededor de uno de los canteros en frente de la Casa de Gobierno ayer en paz. Después del hostigamiento de la última semana por jóvenes que portaban banderas y varios hombres mayores, algunos de los cuales las madres dijeron reconocer como policías de civil, había temor de represalias “post-mundial” esta semana. No sucedió. Después de que las Madres —cerca de 100— habían marchado en fila alrededor de los canteros varias veces, dos policías uniformados se acercaron a una mujer que encabezaba la procesión. Uno de los dos policías sonrió y palmeó en el hombro simpáticamente a la mujer y le dijo que ahora que ellas habían hecho algunas vueltas debían dispersarse. La mujer sonrió, agradeció al policía, y las madres marcharon lentamente hacia fuera de la Plaza.

Sólo un puñado de periodistas locales y extranjeros fueron testigos de la pacífica procesión, la cual comenzó alrededor de las 3.20 p.m. Cuando las Madres comenzaron a dispersarse un reportero del *Herald* y un periodista extranjero hablaron con las mujeres que habían liderado la procesión. Ellas estaban agradecidas y aliviadas porque no se habían repetido los hechos desagradables de la última semana. Una de las mujeres dijo que si hubo algún policía de civil, ellas no lo habían reconocido —aunque un hombre de mediana edad bien vestido quien parecía estar monitoreando lo que se decía, permaneció cerca a lo largo de la conversación entre las madres y los periodistas—. Preguntadas sobre si ellas tenían miedo de lo que podría pasar después de que los periodistas extranjeros, que vinieron para la Copa del Mundo, se hubieran ido, una de las madres respondió: “Nosotras siempre tenemos miedo”. Pero ella se prometió continuar yendo a la Plaza de Mayo hasta recibir alguna noticia acerca de su ser querido desaparecido. Varias otras Madres movieron sus cabezas en señal de acuerdo. Una joven mujer se acercó al periodista extranjero y le dijo en inglés: “Nosotras necesitamos ayuda”. Luego ella comenzó a llorar y a preguntar repetidamente: “¿Qué puede hacer usted por nosotras?”. El periodista contestó que él solamente podía informar lo que veía y aprendía.

En otra parte del grupo una mujer dijo: “Videla no salió al balcón por nosotras”. A lo cual un hombre replicó: “Ustedes no se lo pidieron”.

Cerca de una hora después de que las mujeres habían dejado la Plaza, un grupo de alrededor de 20 personas, principalmente hombres, se reunió cerca de donde las Ma-

23. “Plaza Mothers parade peacefully”; *Buenos Aires Herald*, 30 de junio de 1978, pág. 1.

dres habían marchado y comenzaron a intercambiar quejas acerca de una variedad de problemas, desde la ley de alquileres hasta el precio de la leche. A medida que la animada procesión continuaba, tres policías uniformados caminaron cerca del grupo y lo saludaron sonrientes.

En determinado momento había tres grupos de gente —cerca de 200 personas en total— en la Plaza discutiendo la actitud de las Madres y otros temas, que iban desde el costo de vida hasta los desalojos por la pérdida de vigencia de la ley de alquileres. Varias de las Madres, incluso una señora mayor, una asistente habitual de los jueves, permanecieron para exponer sus casos. Varios observadores pasajeros criticaron a las Madres por hablar con periodistas extranjeros. Una joven mujer acompañada por un hombre de mediana edad que llevaba un saco de lana, los cuales fueron tomados por oficiales de policía de civil, preguntaban insistentemente: ¿Qué pueden hacer los periodistas extranjeros por ustedes?

Una de las Madres respondió: “Nosotros estamos haciendo esto para encontrar dónde están nuestros parientes.”

Una mezcla de sorpresa y alivio invadió a las Madres. Ya no eran ingenuas. Sabían de la ferocidad de la dictadura. Que su lucha recién empezaba y que faltaban muchas batallas por vencer. Que el gobierno volvería a la carga. Pero ese día disfrutaron su victoria; extraña felicidad en medio del drama. Habían ganado un espacio nuevo. Frágil. Que pendía del finísimo hilo de la mirada internacional que se había posado por un instante sobre ellas y que podía abandonarlas en cualquier momento. Como pronosticó el *Herald*, la mayoría del mundo hubiera preferido creer la versión oficial de una Argentina feliz y en paz, que luego de haber sido acorralada por el terrorismo lo había vencido legítimamente y ahora también recuperaba la alegría. A las Madres les bastaba, por ahora, que unos pocos hubieran visto otra cosa.

“Los argentinos salieron a la calle. Los 25 millones de argentinos que jugaban este Mundial gritaron, cantaron, se vaciaron en la calle sin represión alguna. No hubo intervenciones policiales. El fútbol era la excusa y el Mundial ha sido un gran argumento. Pero este mes de esplendor argentino ha terminado y el pueblo, el gobierno, la economía y el nacionalismo argentino volverán a su lugar. Durante veinticinco días los argentinos han sido la Fuenteovejuna —todos a una cara al exterior—. Pero ahora, cuando los ojos del mundo nos hemos ido, al repasar el balance de estos días de esplendor sobre la hierba futbolística, 25 millones de argentinos ‘sufrirán’ este mundial. Habrían sido, simplemente, veinticinco días de ilusión”, escribía el periodista Alex J. Botines, enviado especial de la revista española *Interviú*, en un artículo titulado “El fin de la ilusión”, bajo la volanta “El mundial se acabó, la dictadura continúa”.²⁴ “El pueblo argentino, durante estos días, ha vivido un episodio parecido al de ‘Alicia en el país de las maravillas’”, decía. “Veinticinco millones de ‘Alicias’ preguntaban constantemente al periodista extranjero: ‘¿Cómo le tratan en la Argentina?’ Y nos han tra-

24. Alex J. Botines; “Argentina, el fin de la ilusión”; revista *Interviú*, España, julio de 1978, pág. 95.

tado maravillosamente. Otros querían saber si había cambiado nuestra opinión del país: ‘¿Se dan cuenta ahora de que eran mentiras todo lo que decían en Europa?’. Y nos hemos dado cuenta de que la Junta Militar y el pueblo han vivido una luna de miel de 25 días, sin escatimar un céntimo, moviéndose entre el gigantismo y el triunfalismo, según el viaje ‘forfait’ organizado por la compañía norteamericana de relaciones públicas *Burson and Marsteller*. La capacidad de impermeabilización, mediante el paraguas del fútbol, ha sido absoluta.”

Pero ni tan poco ni tanto. El propio discurso del periodista revelaba que algo había traspasado la barrera del silencio. Las Madres tenían la convicción de que habían ganado una batalla, más o menos grande, más o menos pequeña, según las opiniones. Pero sabían, a la vez, que ese triunfo tendría su precio. Que la dictadura se tomaría su revancha. Que después de todo el esfuerzo que habían realizado, tendrían que realizar esfuerzos aún mayores. Habían aprendido algo de fútbol y política. No sabían nada de boxeo, pero como en el boxeo, sabían que un combate ganado sólo daba derecho a un nuevo combate.

16. Para Ti

*Y si el mundo sobrevive, los profesores de Historia
explicarán el siglo xx a través de sus símbolos: mostrarán
a sus alumnos la botella de coca-cola, la pelota de fútbol,
el televisor, la computadora, la bomba de neutrones.
Y para explicar la dignidad, mostrarán el pañuelo blanco
de las rondas de Plaza de Mayo.*

EDUARDO GALEANO

Que “la figura dramática de las Madres” haya dado la imagen de la Argentina durante el Mundial, tal como previamente lo había pronosticado el *Herald*, es un hecho cuanto menos relativo. Lo que es indiscutible es que después de aquel acontecimiento, construido por la dictadura con la finalidad política de exhibir un perfil de paz y consenso interior, que desvirtuara las denuncias por las violaciones a los derechos humanos, el saldo fue por lo menos contradictorio. Después de haber montado la mayor operación propagandística y de haber invertido esfuerzos y energías nunca antes exhibidos por ningún otro gobierno para una iniciativa de esta naturaleza, el frente interno parecía más cohesionado, pero en el plano internacional se habían abierto fisuras tan amplias que dejaban la sensación de que se había desbaratado definitivamente el proyecto de enmascarar el genocidio, y que el tiempo de ventaja que les había dado la represión encubierta, ahora la denuncia de las atrocidades lo había transformado en una cuenta regresiva.

Al fin y al cabo, la denuncia por las desapariciones trascendió las fronteras del país mucho más allá de lo que se había propagado con anterioridad al Campeonato, e incluso el tema se había incorporado con mayor fuerza a la discusión política nacional.

A ello contribuyeron muchas circunstancias, pero sin duda fue la acción de las Madres la que resultó más efectiva. La imagen de estas mujeres reclamando desesperadamente por sus hijos se instaló en forma definitiva como un signo de los tiempos que corrían y, especialmente, de ese lejano y muy poco conocido país del hemisferio sur del que los militares parecían dueños y señores de la vida y la muerte. Ése era el éxito que indiscutiblemente habían obtenido las Madres.

Otra cuestión es qué efectos producía la denuncia en quienes la recibían. Es decir, cómo reaccionaban y qué hacían los gobiernos, los partidos políticos y los movimientos sociales, y la organizaciones religiosas. La cuestión es compleja y tiene tantas res-

puestas como sujetos involucra el interrogante. Pero lo que sin duda puede afirmarse es que en esa acción las Madres depositaban por entonces sus más fuertes expectativas. Esa esperanza es sumamente elocuente, a su vez, sobre las creencias y representaciones políticas del movimiento en ese período. Ellas van a golpear la puerta de aquellos lugares donde esperan obtener una respuesta favorable a sus peticiones, tanto porque creen que en esos sitios hay gente que comparte mínimamente su reclamo de defensa de la vida de sus hijos, como porque hay personas que tienen poder para incidir en la situación argentina. Todavía debían recorrer un largo y penoso camino hasta comprobar cuán acertadas o equivocadas eran esas creencias sobre cada uno de los países y fuerzas sociales, políticas y religiosas a las que apelaron y apelarían en el futuro. Pero, sin perjuicio de ello, no estaban tan erradas acerca del efecto que producía su denuncia. La reacción de la dictadura frente a la trascendencia de las Madres ya era una clara señal de lo que les dolía a los militares.

Comprobada la proyección que adquiriría la presencia de las Locas en ese espacio que habían ganado, el gobierno desató una virulenta ofensiva de desalojo de la Plaza. Al principio, las Madres tratarían de resistirla con todas sus fuerzas. Para ellas estaba muy claro el valor de ese sitio y se aferrarían a él hasta el límite de sus posibilidades. Pero todavía el poder de la dictadura era muy superior. Y en muy poco tiempo más, las Madres perderían el control de ese territorio. Ellas se habían convertido en una presencia intolerable. A diferencia de lo que recomendaba el *Herald*, el gobierno consideró que la forma de acabar con el problema era la represión, cada vez más contundente. Detenciones, acoso, persecuciones, perros feroces, gases, y palos cada vez, obligaron a las Madres a reemplazar la sistematicidad del jueves a las 15.30 por apariciones relámpago a cualquier día y hora, aunque más no fuere para dar una sola vuelta en torno a la Pirámide.

“Los militares habían comprendido muy bien el valor que había adquirido la Plaza para nosotras y también para el mundo que nos veía allí. Es evidente que tomaron la decisión de desalojarnos y nosotras la de persistir. Fue muy difícil. No éramos jovencitas ni estábamos acostumbradas a eso que se convertía en una verdadera batalla campal librada en medio del terror más terrible y la soledad más absoluta. Pero lo hicimos porque era una pelea esencial”, recuerda María Adela.

El *Herald* fue el primer medio en advertir esta ofensiva del régimen contra las Madres y, como era su estilo, llamaba a sus integrantes a la reflexión. Su argumento se apoyaba en lo que para el periódico había sido una buena experiencia –“una grata sorpresa”– durante el Mundial.

“El tema del Mundial –sostuvo– ha sido positivo porque mostró a muchos extranjeros alguna vez escépticos, que la Argentina es un lugar civilizado donde se puede disentir y donde la gente hasta puede realizar manifestaciones en Plaza de Mayo. Pero esta impresión se borraría de la mañana a la noche si se multiplicaran los incidentes que demostraran intolerancia ya sea de parte del gobierno o de miembros del público ansiosos de hacer justicia por su cuenta. En los últimos días ha habido preocupantes indicaciones de que nuevamente podría estarse notando una cierta intolerancia.”

Como se dijo, lo que el *Herald* llamó moderadamente “cierta intolerancia” fue, en los hechos, una verdadera batalla callejera.

Demasiados jueves

Como saldo de la guerra por la imagen librada durante el Campeonato de Fútbol, algunos medios que tenían entre sus funciones propagar la acción psicológica de los militares, pasaron del silenciamiento del tema de los desaparecidos, a un intento por resignificar esa presencia de las Madres en la Plaza, que para buena parte del mundo era la evidencia misma de las atroces violaciones a los derechos humanos.

La revista *Para Ti*, por ejemplo, no podía ya obviar la existencia de las Madres. Esta publicación resultaba casi perfecta para canalizar la acción psicológica de la dictadura en su polémica con las Madres. Ya había jugado un papel importante con anterioridad al Mundial, llevando adelante una campaña de “postales” que la editora de la revista distribuía gratuitamente e instaba, como ya se dijo, a enviarlas a personas del exterior, reivindicando la imagen de la Argentina, aunque en realidad se trataba de defender a la dictadura de las acusaciones por sus crímenes.

“Las mujeres en la Plaza de Mayo”²⁵ fue el título de una nota, a modo de constatación inevitable, que la revista *Para Ti* les dedicó a las Madres. Vale la pena reproducirlo porque este artículo muestra a las claras el pasaje del silenciamiento absoluto a la acción discursiva que trata de morigerar los efectos de la denuncia. Dice:

Muchos jueves desde hace ya dos años, un grupo de mujeres se reúne frente a la Casa de Gobierno en la Plaza de Mayo. Son parientes de los subversivos detenidos o desaparecidos. Ellas van a buscar información al Ministerio del Interior. Algunas llevan fotos, banderas. Ese grupo de mujeres ha crecido “misteriosamente” en este mes. Justo ahora, cuando el país está lleno de periodistas extranjeros que, en buena proporción, vinieron dispuestos a ver “los horrores que se vivían en la Argentina”. Claro que a esta altura de su estada en el país, muchos piensan distinto. No vieron los cadáveres en las calles, ni los asesinatos en masa, ni las persecuciones a los judíos, ni nada. Al contrario. Vieron un pueblo tranquilo, alegre, hospitalario, y pasearon por las calles libremente, sin custodios ni vigilancia. Pero queda esta minoría que aún busca, no con buenas intenciones, las mínimas cosas para poder dejar satisfecha su actitud negativa. El último jueves, estos periodistas extranjeros se dieron cita en la Plaza de Mayo. Ellos ya bautizaron a estas mujeres: las llaman “Las Locas...”. Quizá en su país de origen no puedan fotografiar o filmar una manifestación sin que les rompan sus sofisticados equipos. Sin embargo, acá, en la Argentina, en el país donde –según ellos– no se respetan los derechos humanos, ellos pueden hacer libremente su nota y, es más, también pueden libremente distorsionar la información que mandan a sus diarios, revistas o canales de televisión.

25. Revista *Para Ti*, 24 de junio de 1978.

Por eso a nosotras, las mujeres argentinas, nos duelen estas cosas. Porque pensamos que sería importante que además de “Las Locas...” esos periodistas extranjeros mandaran información sobre el país que ven crecer, que ven organizado y sin violencia, que ven lleno de alegría y entusiasmo en un pueblo que se desborda en gritos de ¡Argentina... Argentina...! en una cancha, o en las calles, que ven en el respeto con que se los trata aunque solapadamente nos critiquen.

Nosotras no podemos negar la existencia de esas mujeres en la Plaza de Mayo, ni es nuestra intención hacerlo, pero también creemos que nuestro país no son solamente Las Locas... .

No, el país no era solamente “Las Locas”. Es más, las Locas eran pocas y estaban muy solas. Escribían cartas, incluso, que nadie quería publicar. Cartas como la que una Madre le envió en respuesta a la directora de ese medio que acababa de descubrir a las Locas, carta que nunca fue publicada, y en la cual quien firmó como “una madre loca de la Plaza de Mayo” sostuvo:

Señora Directora de la revista *Para Ti*. Mucho me hubiera gustado poder dirigir mi respuesta a la autora de la nota aparecida con el título “De todos los días, las mujeres en la Plaza” fecha 26 de junio, editada y aparecida en la revista que usted dirige, al no tener firma lo cual todo buen periodista que se jacte de serlo no hubiera omitido ese detalle, me dirijo a usted.

Sí, es verdad, existimos Las Locas...

No en la forma despectiva con que usted nos trata, Locas de desesperación. Buscando lo más hermoso que Dios con su poder infinito nos señaló... un hijo.

Todo lo sublime está en estas cuatro letras y que sea una mujer que tal vez sea madre como nosotras que desvirtúe nuestro calvario y se aproveche de él para desde una pequeña columna distorsionar los hechos, porque usted sí los distorsiona.

No fueron los periodistas extranjeros, los que nos bautizaron de esta manera, dicho mote salió del Ministerio del Interior o sea de la Casa Rosada, para esta parte sólo tenemos palabras de agradecimiento, porque el eco de nuestro dolor se conoció en el mundo gracias a ellos.

Usted reconoce en su artículo que desde hace aproximadamente dos años nos reunimos en Plaza de Mayo, entonces sabía de nuestra existencia... en eso radica la diferencia. Mientras el periodismo extranjero lo pregonaba al mundo, periodistas nuestros como usted ¿? escondían la cabeza como el avestruz.

No hable de dolor señora, no se lo permito, dolor es el nuestro como tampoco le permito que hable de “parientes de los subversivos detenidos o desaparecidos”. ¿Por qué no agregó muertos también señora? Entre esos parientes por si usted no lo sabe, están también las madres y esposas de muchos colegas suyos, por eso crece “misteriosamente” este grupo de mujeres, porque cada amanecer, hay un hogar avasallado, un hijo, un padre, un esposo, un hermano “desaparecido”. No fue junio solamente, es y fueron todo el año, lástima grande que usted no los vio, porque los asesinatos en masa,

las persecuciones es privilegio y dolor de miles de hogares argentinos que también es pueblo, pero que no pudo gritar con tanto fervor Argentina, Argentina... porque un dolor muy grande oprimía nuestras gargantas, pensando en nuestros hijos que hubieran querido vivir este mundial, con la misma euforia que lo vivió usted, pero con la única diferencia de no saber si están vivos o muertos.

Por eso la invito señora a que concurra a Plaza de Mayo cualquier jueves a las 15.30 para ver y oír “libremente” si antes no llegó la policía a dispersarnos. Tendrá usted material para escribir un libro, si es que alguna vez se decide a ser una buena periodista. (...) Una Madre Loca de Plaza de Mayo.

El país de nuestros hijos

La directora de *Para Ti* no publicó la carta de aquella Madre pero, a cambio de ello, con la firma de Lucrecia Gordillo, la revista editó un artículo titulado “El país de nuestros hijos lo hacemos nosotras”.²⁶

Comenzaba citando al Premio Nobel de literatura, Alexander Soljenitsin. “La defensa de los derechos individuales ha llegado a tal extremo –decía el escritor ruso–, que ha hecho que la totalidad de la sociedad quede indefensa contra ciertos individuos. Ya es hora de que en Occidente se defiendan no tanto los derechos humanos como las obligaciones humanas.”

”Su mensaje no puede dejar de impactarnos –se emocionaba Gordillo–. Se trata de un hombre que ha vivido del otro lado de la cortina de hierro, que ha sufrido en carne propia condenas y castigos en campos de concentración. Un hombre que conoce el mundo comunista y que por eso nos mira preocupado...”

”Y nosotras, las argentinas, en este momento tan especial que vive el país, tenemos que escucharlo y abrir los ojos –convocaba–. No es tiempo de quedarse cruzadas de brazos. Hemos vivido una guerra demasiado cruel y demasiado cara. Hemos aprendido una gran lección. Hemos pagado un precio muy alto para lograr la PAZ, palabra que en este tiempo podemos escribir con mayúscula. La PAZ de nuestros hogares, de nuestros hijos. La PAZ de caminar con seguridad por la calle, de trabajar, de estudiar, de ir a la cancha de fútbol, de llevar los chicos al colegio, de poder dejar que vayan solos. El Mundial ha terminado. Al Mundial lo hemos ganado. Argentina acaba de dar su gran mensaje al mundo. Ha demostrado que es un país grande y que cuando quiere puede. Pero usted, nosotras, todos, los que hemos sentido la enorme emoción de gritar ARGENTINA con ganas, los que hemos demostrado que por sobre todas las cosas amamos la libertad y la PAZ, tenemos un gran deber que cumplir: luchar por ella día y noche. El país de nuestros hijos lo hacemos nosotras.”

Si el país de nuestros hijos lo hacemos “nosotras”, el país de los hijos de las “Locas” lo hicieron ellas. Apenas un par de semanas después, esta misma publicación

26. Revista *Para Ti*, 31 de junio de 1978.

editaría un reportaje a Florencio Varela, por entonces secretario del Menor y la Familia. Varela decía: “Cuando en una familia hay respeto, ese orden genera automáticamente jerarquía, donde hay jerarquía hay orden y donde hay orden hay fuerza. En la mayoría de los casos, esa fuerza de la familia es la misma fuerza que la de la Nación”.²⁷ En estos artículos se condensan algunos de los elementos más bajos de la acción psicológica montada por la dictadura y sus cómplices contra el movimiento de denuncia y, especialmente, contra las Madres. Buscaban generar en ellas sentimientos de culpa, para trasladar la responsabilidad del victimario a las familias de los desaparecidos. Se sugería que la sola condición de desaparecido era prueba de culpabilidad de la víctima, por ejemplo. Gordillo sentenciaba: “Tenemos un gran deber ante nuestros hijos y no les podemos fallar. El día de mañana no seremos culpables por habernos equivocado.”

No, no serían culpables como las “Locas”; eso nunca.

La operación de prensa protagonizada por la revista *Para Ti* tenía, por supuesto, otros émulos entre los medios de comunicación —*Somos, Gente, La Nación*, por ejemplo—, pero tenía la particularidad de emplear con mayor intensidad aquellos argumentos que, suponía, calaban más hondo en el público femenino. Esa utilización se relacionaba directamente con el impacto que la figura de las Madres estaba provocando, tanto en el interior como en el exterior del país. La medida exacta de ese impacto es muy difícil de evaluar. Lo cierto es que ni el régimen había obtenido como saldo del Mundial una victoria absoluta en el terreno de la imagen, ni las Madres habían ganado una batalla definitiva. En todo caso, parecía que mientras dentro de la Argentina la dictadura había afianzado un consenso favorable, en el plano internacional las Madres habían obtenido un éxito importante. Y esa apreciación determinó los pasos siguientes del movimiento.

27. Gilbert, Abel, y Vitagliano, Miguel; ver *op. cit.*, pág. 109